

El Aguilucho

REVISTA DEL GIMNASIO MODERNO - FUNDADA EN 1927 POR
Eduardo Caballero Calderón

80
AÑOS



Edición No. 221 - AÑO LXXX

Bogotá, julio 2007

GIMNASIO  MODERNO

Entrevista con el pasado

Por: Juan José Huertos

El 25 de mayo de 2007, en la Sala Tomás Rueda Vargas, el Rector del Colegio y el Director de El Aguilucho se reunieron con dos exalumnos gimnasianos de los años 30. Este es un breve recuerdo de nuestra conversación con aquellos grandes, que suman casi 200 años de vida entre los dos.

“Yo aprendí a leer, escribir y nadar en el Gimnasio Moderno”, nos dijo. Era una voz jovial, llena de vida. No parecía venir de los labios surcados por los años de quien nos hablaba, sino más bien de una muchacha en sus veintes. Al hablarnos, Cecilia Durana Samper nos miraba desde unos ojos verdes como la primavera, que como su voz, niegan con gracia los abriles que llevan encima. Cecilia

Cecilia estudió en el Gimnasio Moderno entre 1925 y 1927, junto con varias niñas más.

estudió en el Gimnasio Moderno entre 1925 y 1927, junto con varias niñas más. En el 28 se fue al Femenino, recién fundado por Don Agustín y

un grupo de hombres y mujeres, que se negaban a someter a sus hijas a la educación de las monjas, y buscaban un modelo como el del Moderno para la educación femenina.

Cecilia se graduó en 1938 del Gimnasio Femenino. Habla con dulzura y simpatía, siempre amable y con una sonrisa constante en el rostro arrugado por la vida. Aunque ha vivido muchos años, sigue siendo una niña. Y eso es de lo más lindo que tiene. Detrás de su pelo, blanco como la nieve, se esconde la misma niña que en los años 20 tomó clases en los kioscos del Montessori, que jugó en estos prados donde estamos hoy, 80 años después. Cecilia se ríe con

la vivacidad de esa niña cuando recuerda las anécdotas de sus

tiempos. Habla de sus maestros Monsieur Yerly y Nicolás Bayona como cosa de ayer. Explota a carcajadas cuando recuerda que, estando en

Montessori, le pegó una patada al “Burro” Restrepo en la espinilla y que muchos años después se lo encontró y este le dijo que aún le dolía. Habla con nostalgia gris de la vieja Bogotá, la Bogotá de verdad. Cuenta la historia de sus tíos, los Samper, patricios de la República, fundadores del Gimnasio. Cecilia es, sin



duda, la imagen viva de los Gimnasios Moderno y Femenino.

Después de Cecilia es el turno de Jorge. Jorge Enrique Salazar Gutiérrez nació en el año de gracia de 1916. Hace 91 años, nada más. Se graduó del Gimnasio Moderno en 1932, lo que lo convierte, junto con Hernando Cárdenas, en el Decano de los Exalumnos Gimnasianos. Jorge es tremendamente lúcido. Aunque sus ojos están enmarcados entre arrugas, se mantienen jóvenes y vivaces. Aún tiene mucho pelo y oye perfectamente. Entre risas nos cuenta que le decían "El Chato" Salazar, y se pone de perfil para que veamos por qué nunca entendió su apodo. Tiene la nariz grande y las orejas inmensas y su cara es la de un hombre bueno. Nos sorprende cuando empieza a cantar, de memoria, una canción que Monsieur Merel Murt les enseñaba cuando estaban en la primaria. Sus maneras son las de un gentleman inglés. Hace gala del finísimo humor bogotano de antes. Del humor gimnasiano, en realidad.

Los dos se divierten recordando sus amigos comunes. "Limón" Osorio, "La Luna" Rueda y varios más.



Todos con los tradicionales apodos gimnasianos. Hablan de sus respectivos hermanos; Rafael Salazar, hermano de Jorge, fue uno de los fundadores de El Aguilucho, en el ya lejano 27. Cecilia confiesa, algo ruborizada, que le encantaba Ernesto Franco. Que se colaba con sus amigas en el Gun Club -donde no se permitían mujeres- para verlo desfilarse, desde un balcón, durante el 20 de julio por la Carrera Séptima. Recuerdan el juego más popular entre los escolares de su tiempo: los "garbinches", el equivalente a las "piquis" modernas.

Cecilia, sin atisbos de mojigatería, cuenta como una vez "chantajeó" a su hermano mayor para que la llevara junto con sus amigos del Gimnasio a fumar cigarrillos hechos con hojas de cuaderno y rellenos de "lengua de vaca". Recuerda que su papá se dio cuenta al instante en que volvieron a la casa, pues la "lengua de vaca" los había entorpecido. "Papá -cuenta Cecilia- nos llamó al escritorio y nos dijo que qué nos pasaba. Como en nuestra casa y en el colegio estaba prohibido decir mentiras, no tuvimos más remedio que contarle la verdad. Papá, en lugar de molestarse, nos dio a



cada uno un cigarrillo Lucky Strike y nos dijo que si queríamos fumar, fumáramos buenos cigarrillos y con su autorización”.

Hablan de épocas pasadas. Épocas mejores, o cuando menos muy diferentes. Hablan

de épocas cuando todos se conocían. De cuando Bogotá era un “pueblón”, para usar las palabras de la adorable Cecilia. De una Bogotá más fría, más gris, pero más tranquila y más respetuosa. Más Londres y menos trópico. De hombres vestidos diariamente con corbata, sobretodo y sombrero. De hombres que se descubrían la testa ante la presencia de una dama. Que sabían que las mujeres van en primer lugar y no dudaban en cederles su asiento. De épocas cuando la caballerosidad era virtud ineludible y la gallardía era posesión incomparable. Pero también de épocas cuando las mujeres no podían votar y prácticamente no salían de la casa. De épocas cuando el estudio para las mujeres estaba confinado a los colegios monacales, donde les enseñaban a coser y cocinar. Y dicen con orgullo que el Gimnasio Moderno y el

Gimnasio Femenino fueron creados precisamente para continuar lo primero y cambiar lo segundo.

De una Bogotá más fría, más gris, pero más tranquila y más respetuosa. Más Londres y menos trópico.

Cecilia y Jorge son los gimnasianos más gimnasianos que hay. Nos lo han demostrado en esta bellísima

conversación. Al ir camino al automóvil que los llevaría a sus casas, Jorge y Cecilia recuerdan cada rincón del viejo Edificio Principal. Se sorprenden con las cosas nuevas y se alegran de ver las de siempre. En su lento caminar, con el peso de los años cargado en las espaldas, pasan al lado de los pequeños de Montessori I y a nuestros ojos parecen la misma persona. Y entonces el ciclo cobra sentido. Y podemos ver a Jorge y a Cecilia jugando, como juegan hoy los más pequeños. Y nos damos cuenta que ellos, Jorge, Cecilia y los pequeños que juegan hoy en los prados donde ellos jugaron hace 80 años, son el Gimnasio. Y sentimos satisfacción, como sintieron Jorge y Cecilia de ver que la obra de sus padres ha sido continuada exitosamente hasta hoy. Y nos reímos. Porque reír es la forma más gimnasiana de hablar. Nos lo enseñaron Jorge y Cecilia. ↻